

#01

QUÉ ES LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

1a.
*La doble vida de los
humanos*

Vamos a distinguir aquí entre dos nociones de vida que serán importantes ahora y durante todo el desarrollo de nuestra asignatura: la que, por una parte, vamos a llamar *vida limitada por la necesidad*; y la que, por otra, denominaremos *vida no limitada por la necesidad*. Empecemos por caracterizar qué entendemos aquí por *vida limitada por la necesidad*:

- a. Dentro de la *vida limitada por la necesidad* situamos aquellas acciones de nuestra existencia diaria que destinamos a cubrir las necesidades del día a día. Como es evidente, los seres humanos necesitamos destinar una buena parte de nuestros esfuerzos a procurarnos una serie de bienes básicos que garanticen nuestra subsistencia, como puedan ser el alimento, la vestimenta o la vivienda. La mayor

parte de nuestro día a día transcurre en ese empeño.

- b. La *vida limitada por la necesidad* se organiza en torno a la creencia en que el tiempo es una entidad objetiva, que se puede medir y parcelar, y que, en tanto tal, es susceptible de ser convertido en mercancía, esto es, es capaz de tener un equivalente en un valor externo y objetivo (recordemos el dicho: «el tiempo es oro»). Así organizamos, por ejemplo, el tiempo de trabajo. Imaginemos que firmamos un contrato de trabajo por el cual nos comprometemos a una jornada laboral de ocho horas: el sueldo se estipulará, muy probablemente, no en función de lo que producimos, sino en función de las horas trabajadas, de modo que esas ocho horas serán intercambiables por la cantidad de dinero que se especifique para nuestro salario. Algo parecido sucede con la organización de los planes de estudios: para obtener el título del Grado en Educación Primaria por la Universidad de Granada, ustedes deberán superar 240 créditos ECTS, lo que quiere decir que lo que condicionará que la administración les expida o no ese título en el futuro no será exactamente lo que aprendan, sino el número de horas de clase y de trabajo que habrán superado a lo largo de estos años.
- c. Esto lleva a un concepto de tiempo que podríamos denominar *tiempo vacío* o *no significativo*. Hablamos de tiempo necesario, por supuesto,

pero no de un tiempo que deje una gran impronta en nuestra memoria. Pensemos, por ejemplo, en que todos los días necesitamos dedicarles tiempo a acciones marcadas por la necesidad y la urgencia: comer, vestirnos, hacer las tareas domésticas, desplazarnos, etc. Tal vez podamos recordar mañana la ropa que llevamos puesta hoy (o tal vez no), pero en unos días ya no seremos capaces. ¿Significa eso que no es importante vestirse? Por supuesto que no, pues obviamente vestirse es importante; significa tan solo que ese tipo de acciones, precisamente porque son necesarias, acaban por ser algo mecánicas y por resultarnos poco significativas. El *tiempo vacío* o *no significativo* tiene una naturaleza paradójica, en la medida en que, cuando las acciones que hacemos no significan gran cosa para nosotros, la conciencia del tiempo se acrecienta y se hace más presente que nunca. Por eso miramos continuamente la hora cuando nos aburrimos en clase o en el trabajo. En esos momentos, pensamos como nunca en el tiempo (en concreto, en que no pasa).

- d. Por último, en la *vida limitada por la necesidad* lo que se define es un *medio de vida*. Pensemos, sin ir más lejos, en esa parte de nuestra vida que está dedicada a llevar a cabo las acciones y tareas necesarias para estudiar esta carrera y obtener un título en Educación Primaria. No son pocas, y no todas serán significativas para nosotros, sin duda, pero las haremos porque casi con total probabili-

dad tendremos la expectativa legítima de que ese título nos permita un medio de vida en el futuro, una forma de procurarnos ingresos y de cubrir nuestras necesidades básicas.

Hasta aquí, los rasgos típicos de la *vida limitada por la necesidad*, pero todavía tenemos que definir, por oposición, cuáles son los de la *vida no limitada por la necesidad*:

- a. La *vida no limitada por la necesidad* la constituye aquella parte de nuestra existencia que no está destinada a la subsistencia o a cubrir sin más las necesidades del día a día, es decir, aquella parte de nuestra vida que entregamos al ocio. Pero el ocio es un concepto que no debe relacionarse, sin más, con el tiempo libre o con el simple no hacer nada. En la antigua Grecia, existía una palabra para denominarlo: *scholé*. Como podemos imaginar, esa palabra dio lugar con el tiempo al término «escuela», tanto en español como en otras lenguas modernas (*school* en inglés; *école* en francés; *scuola* en italiano... y así un largo etcétera). La *scholé* u ocio clásico era el tiempo que se dedicaba a la *bios theoretikós*, es decir, a la vida teórica o ‘vida contemplativa’, que es aquella que goza del tiempo libre necesario para dedicarse a tareas que vayan más allá de la necesidad: mirar un cuadro, escuchar una canción o leer un libro, entre otras muchas, no son acciones necesarias para nuestra subsistencia, pero eso no significa que no sean acciones importantes, en la medida en que la en-

riquecen y hacen de ella algo más rico y menos encorsetado por la utilidad inmediata.

- b. Desde la *vida no limitada por la necesidad* se cuestiona la idea de que el tiempo sea una entidad objetiva que se puede medir y parcelar, y por lo tanto la idea de que el tiempo sea algo equivalente a una mercancía intercambiable por un valor externo. En la literatura, por ejemplo, esto se ha dado muchas veces, pues la literatura se centra sobre todo en la vivencia subjetiva del tiempo. Por ejemplo, a principios del siglo xx, el escritor francés Marcel Proust, durante una prolongada convalecencia a causa de su frágil salud, moja una magdalena en el té. El sabor de la magdalena impregnada le evoca un recuerdo remoto que le lleva a escribir. Y al comenzar a escribir, acaba construyendo, a partir de ese instante, una larga serie de novelas, *En busca del tiempo perdido*, compuesta por miles de páginas. Asimismo, el escritor irlandés James Joyce relata el paseo por Dublín de un personaje, Harold Bloom, que dura exactamente veinticuatro horas. Joyce nos describe todo lo que pasa por la conciencia del personaje, consiguiendo una novela de cientos de páginas. En nuestra conciencia, como podremos comprobar por propia experiencia si nos esforzamos un poco, un instante puede expandirse y no quedar sujeto a los rigores de

un contrato de trabajo, como decíamos antes. En nuestra conciencia, el tiempo no se puede medir.

- c. Por eso la *vida no limitada por la necesidad* la relacionamos con lo que vamos a llamar un *tiempo pleno* o *significativo*. Aquellas cosas que no hacemos por necesidad, sino por ocio, tienden a dejar un mayor impacto en nuestra memoria que las que hacemos por mera necesidad o por subsistencia, por más que todas sean importantes. Si prolongamos el ejemplo anterior, puede que dentro de una semana no recordemos la ropa que llevamos puesta ahora o lo que hemos comido hoy, pero rara vez olvidaremos momentos decisivos de nuestra vida: un primer beso, aquella canción que tanto nos impactó cuando la escuchamos por primera vez o ese libro que tanto nos gustó. También el *tiempo pleno* o *significativo* es paradójico, pues, cuando estamos inmersos en él, solemos perder la noción del tiempo: si estamos de fiesta, haciendo una tarea que nos apasiona o charlando con alguien que nos hace reír mucho, por ejemplo, el tiempo se nos pasa volando y no nos acordamos de mirar la hora.
- d. Por último, también, la *vida no limitada por la necesidad* define un *modo de vida*. Retomemos el ejemplo anterior: es evidente que estudiamos un grado en Educación Primaria porque tenemos la aspiración, legítima, de llevar en el futuro un sueldo a casa a finales de mes, pero no solo eso;

también esperamos realizar una profesión que nos llene y nos haga sentir realizados, es decir, también aspiramos a vivir de una determinada manera que, por las razones que sean, hemos elegido frente a otras. En suma, no solo aspiramos a obtener un *medio de vida*, sino uno que sea, a su vez, un *modo de vida*.

Ya hemos enunciado esta distinción básica entre *vida limitada por la necesidad* y *vida no limitada por la necesidad* que define la doble vida de los humanos. Retengámosla, porque en la próxima lección será fundamental tenerla presente cuando hablemos de la diferencia entre *ficciones instrumentales* y *ficciones respetuosas*.

1b.
*Existencia de la
literatura infantil*

Consúltese el apartado «El concepto de literatura infantil», entre las páginas 13 y 16 del manual de la asignatura. El texto que sigue constituye una versión alternativa de lo que en ellas se expone.



El problema a la hora de definir la literatura infantil es que el propio término «literatura» no remite a un concepto unívoco. Hablamos, para empezar, de un término que ha tenido significados variables a lo largo de la historia. La palabra latina *litteratura*, de la que proviene, fue durante mucho tiempo (hasta bien entrado el siglo XIX, de hecho) la traducción del griego *grammatika*. Y no designaba tanto a la producción de obras literarias, en el sentido en que las entendemos hoy, sino a todo producto que estuviese relacionado con la letra escrita. Por eso, todavía

en el siglo XVIII, se empleaba como equivalente de ‘erudición’, lo que quiere decir que la «literatura» designaba a todo el saber acumulado por escrito sobre un determinado tema, ya fuese este la poesía, por supuesto, como también pudiera serlo la física, la astronomía o cualquier otra disciplina del saber. Ese sentido de «literatura» equivalente a erudición o saber acumulado sobre un tema todavía se conserva agazapado en algunos usos de la palabra que empleamos hoy, como sucede, sin ir más lejos, cuando hablamos sobre la «literatura médica» o «literatura científica» para referirnos, no a las novelas que se hayan escrito sobre medicina o ciencia, sino a la bibliografía académica que la investigación en esos campos ha ido acumulando. Durante mucho tiempo, lo que hoy llamamos «literatura» se designó bajo el término genérico de «poesía», que a su vez no estaba aún especializado en el género literario en verso. Aquí, pues, surge una primera dificultad de definición: el concepto de literatura, tal como lo empleamos en la actualidad para aludir a lo que los franceses llamaban, en siglo XVII, «Bellas Letras», es bastante reciente en términos históricos.

Al mismo tiempo, sobre el término «literatura» volcamos con carácter retroactivo una serie de suposiciones que no siempre están en los textos del pasado. La más llamativa de ellas, sin duda, la suposición de que toda literatura es expresión directa de la subjetividad de un autor. Cuando Homero, por ejemplo, alude a la diosa a en el primer verso de la *Illiada*, no está expresando sus sentimientos más profundos, sino literalmente pidiendo a Mnemósine, diosa de la memoria, que le dicte lo que ocurrió durante

el asedio de Troya (Homero, por tanto, más que un autor, sería aquí un transcriptor de lo que le dicta la diosa Memósine, porque para los griegos antiguos los dioses tienen una existencia objetiva y real). Asimismo, no todo lo que llamamos «literatura» hoy ha tenido la importancia que le concedemos ahora, y que nos lleva a ponerlo en un pedestal: en clase hemos visto cómo, por ejemplo, algunos de los epigramas de Marcial, el poeta hispano romano del siglo I, eran en verdad algo más parecido a una tarjeta de regalo actual que al clásico imperecedero de la poesía que desde la actualidad nos parece. La «literatura», en verdad, no es eterna. No es algo que exista al margen del espacio y del tiempo en que se da.

Una última dimensión que hemos abordado en clase sobre el término literatura es que este proporciona un modo de conocimiento, pero hasta eso requiere ser matizado. Porque el modo de conocimiento que nos proporciona la literatura no es solo el que nos lleva a obtener información sobre nuestro pasado (eso también, claro, pero sería muy pobre reducir la literatura a eso). Es, sobre todo, un modo de conocimiento que podríamos denominar simbólico. Porque los seres humanos somos animales simbólicos, por cierto, lo que quiere decir que no vivimos en la literalidad de las cosas. Para hacernos la realidad más comprensible, hemos inventado los símbolos. Por ejemplo, podríamos definir las fases y funciones vitales de la hoja de un árbol desde el punto de vista de la biología, y acumular con ello conocimiento valioso, pero cuando observamos que la hoja empieza a formarse en el invierno sobre la rama desnuda, que verdea en primavera, que se

consume en verano y que, finalmente, en otoño cae, la hoja se convierte en un símbolo que explica, por semejanza, las fases de la propia vida humana.

¿Y qué pasa, después de todas estas dificultades, con la LIJ? Podemos considerar que, dentro de la literatura, en general, hay cuatro tipos que pueden considerarse «infantiles» en sentido lato. Los tres primeros nos los recopila Juan Cervera en una obra clásica. El cuarto es un añadido nuestro:

1. *Literatura ganada*. Es aquella literatura que, no estando escrita para niños en origen, con el tiempo se la acabó apropiando la infancia o los adultos se la acabamos destinando a ella. Por ejemplo, cuando, en 1719, el escritor inglés Daniel Defoe publicó *Robinson Crusoe*, sin duda no estaba pensando propiamente en el público infantil y juvenil, pero eso no impidió que, muy pronto, la novela se convirtiese en un clásico del género de aventuras y se acabase considerando como una novela infantil y juvenil ya clásica.
2. *Literatura escrita para niños y jóvenes*. Ha sido, por supuesto, la práctica más habitual y la primera que nos viene a la cabeza cuando pensamos en la literatura infantil. Los ejemplos a este respecto son multitud, desde álbumes para pre-lectores, como *La pequeña oruga glotona*, del norteamericano Eric Carle, a las novelas sobre jóvenes –que

no *para* jóvenes, como él mismo gusta de puntuar— de Jordi Serra i Fabra.

3. *Literatura instrumentalizada*. Hablamos en este caso, como especifica Juan Cervera, más de libros que de literatura. Y es que, con demasiada frecuencia, los libros que les destinamos a la infancia y a la juventud se subordinan a un propósito didáctico o moralizante, descuidando su valor propiamente literario. Hablamos, en este caso, de libros «para», esto es, de libros que sirven para el alcance de un propósito determinado, al cual se someten sirviendo de meros instrumentos para lograrlo. Por ejemplo, en la sociedad actual se ha impuesto el cliché —más que discutible, por cierto— de que el éxito en la vida depende más de la gestión que sepamos hacer de nuestras emociones (la famosa inteligencia emocional) que de nuestra formación. En consonancia, es ya raro que una de las primeras lecturas que se llevan a cabo en la escuela no sea *El monstruo de colores*, de Anna Llenas, un libro que se supone ayuda a aprender a gestionar nuestros estados de ánimo desde la infancia.
4. *Literatura escrita por niños*. Suele ser esta la gran olvidada, la parte en la que jamás reparamos cuando pensamos en la LIJ. Pero lo cierto es que en la escuela se produce bastante literatura por parte de los niños (prácticas narrativas, cuentacuentos, ejercicios de creación poética y de guionización teatral, etc.).

